

# El jardín de los cerezos

Cuentan que en un país del lejano oriente un emperador comunicó a su emperatriz que finalizado el invierno partiría a la guerra. La emperatriz temía por su marido, báculo de su pueblo, y le rogó que no marchara, pero él tenía un deber que cumplir y sólo cedió sobre el momento de su partida, marcharía cuando el primer pétalo de una flor de cerezo de su jardín cayera al suelo.

Y así transcurrió el invierno, y llegó la primavera y las flores rosas de los cerezos convirtieron el jardín en una nube. El emperador convocó a sus generales y les dijo que la partida sería pronta y que como la lucha iba a ser cruenta se despidieran de todos los suyos.

Todas las mañanas, el emperador y su amada paseaban por el jardín como acto de despedida, pero siempre el suelo estaba limpio de pétalos.

Fueron transcurriendo los días y el emperador se impacientaba, cada día había menos flores en el jardín, pero el suelo, antaño cubierto de un manto rosa, permanecía impoluto.

Los generales esperaban la orden, las tropas estaban preparadas y como cada mañana, antes del amanecer, mientras el emperador dormía, la emperatriz salía a recoger todos los pétalos caídos al suelo.

Y llegó el momento en que sólo quedó una flor en un cerezo, y cogiéndola el emperador se la ofreció a su emperatriz: “extraña primavera”, le dijo. Y ella se colocó esa última flor en el pelo.

Por la tarde partieron todos los ejércitos, y el ruido de los caballos y las armaduras quedó durante días en el aire del palacio. Cuando a los pocos días trajeron el cadáver del emperador y lo depositaron en el suelo del jardín, de su mano cayó el primer pétalo de la primera flor del jardín de los cerezos, que se unió a las astillas de la última rama del último cerezo talado por orden de la

emperatriz. Y así, del pétalo y la astilla creció el primer ciprés, el árbol del recuerdo.